MUNDO DE LIBROS

Bocetos al temple. Tipos trashumantes: Obras completas – Vol. VIII

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

Bocetos al temple. Tipos trashumantes: Obras completas - Vol. VIII

José María de Pereda

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

NOTAS DEL TRANSCRIPTOR

En la versión de texto sin formatear el texto en cursiva está encerrado entre guiones bajos (_cursiva_) y el texto en versalitas se representa en mayúsculas como en VERSALITAS.

El criterio utilizado para llevar a cabo esta transcripción ha sido el de respetar las reglas vigentes de la Real Academia Española cuando la presente edición de esta obra fue publicada. El lector interesado puede consultar el Mapa de Diccionarios Académicos de la Real Academia Española.

En la presente transcripción se adecuó la ortografía de las mayúsculas acentuadas a las reglas indicadas por la RAE, que establecen que el acento ortográfico debe utilizarse, incluso si la vocal acentuada está en mayúsculas.

El Índice ha sido reubicado al principio de la obra.

Se han corregido errores evidentes de puntuación y otros errores tipográficos y de ortografía.

La portada modificada incluida en este libro electrónico se ha agregado al dominio público.

* * * * *

OBRAS COMPLETAS

DE

D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA

OBRAS COMPLETAS

DE

D. JOSÉ M. DE PEREDA

[Ilustración]

TOMO VIII

BOCETOS AL TEMPLE TIPOS TRASHUMANTES

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

VIUDA É HIJOS DE MANUEL TELLO

1898

Es propiedad del autor.

[Ilustración]

ADVERTENCIAS

En la que precede al tomo I de esta colección hallará el lector curioso las razones que el autor ha tenido para desglosar de la primera edición de los BOCETOS, _y publicarle en volumen aparte, el titulado_ Los hombres de pro.

El motivo por el cual se publican hoy reunidas aquí, contra lo anunciado en la cubierta del tomo anterior, dos obras que siempre han estado separadas, es el deseo de que haya la posible igualdad de tamaños en todos los volúmenes de la colección.

[Ilustración]

[Ilustración]

ÍNDICE

Página

ADVERTENCIAS **5**

BOCETOS AL TEMPLE

La mujer del César 9

Oros son triunfos 135

TIPOS TRASHUMANTES

Al lector 269

Las de Cascajares 271

Los de Becerril 279

El Excelentísimo Señor 285

Las interesantísimas señoras 291

Un artista 297

Un sabio 307

Un aprensivo 319

Un despreocupado 337

Luz radiante 345

Brumas densas 357

El barón de la Rescoldera 369

El Marqués de la Mansedumbre 379

Un joven distinguido (_visto desde sus pensamientos_) 389

Las del año pasado 403

En candelero 415

Al trasluz 423

[Ilustración]

BOCETOS AL TEMPLE

[Ilustración]

LA MUJER DEL CÉSAR

I

No se necesitaba ser un gran fisonomista para comprender, por la cara de un hombre que recorría á cortos pasos la calle de Carretas de Madrid, en una mañana de enero, que aquel hombre se aburría soberanamente; y bastaba reparar un instante en el corte atrasadillo de su vestido, chillón y desentonado, para conocer que el tal sujeto no solamente no era madrileño, pero ni siquiera provinciano de ciudad. Sin embargo, ni de su aire ni de su rostro podía deducirse que fuera un palurdo. Era alto, bien proporcionado y garboso, y se fijaba en

personas y en objetos, no con el afán del aldeano que de todo se asombra, sino con la curiosidad del que encuentra lo que, en su concepto, es natural que se encuentre en el sitio que recorre, por más que le sea desconocido.

Praderas de terciopelo, bosques frondosos, arroyos y cascadas, rocas y flores, eran las galas de su país. Nada más natural que fuesen las grandes vidrieras y los caprichos de las artes suntuarias el especial ornamento de la capital de España, centro del lujo, de la galantería y de los grandes vicios de toda la nación.

Este personaje, que debía de llevar ya largas horas vagando por las aceras que comenzaban á poblarse de gente, miraba con impaciencia su reló de plata, bostezaba, requería los anchos extremos de la bufanda con que se abrigaba el cuello, y tan pronto retrocedía indeciso como avanzaba resuelto.

En una de éstas, bajó á la Puerta del Sol y comenzó á mirar en todas direcciones, como quien se halla en un país enteramente desconocido. Al cabo, preguntando á unos y consultando á otros, llegó á la calle del Príncipe y entró en un espacioso portal, cuya elegante escalera subió rápido. Llamó á la puerta del primer piso, y atravesando alfombrados corredores con la desenvoltura propia del que ni los envidia ni los necesita, llegó á un ancho salón cubierto de maravillas de lujo, y allí se detuvo, vacilante, unos momentos. El silencio que reinaba en la habitación y la escasa luz que penetraba por los pesados cortinajes, cortaron evidentemente sus bríos.

En tal situación de ánimo, se dejó caer en una butaca, junto á un velador sobrecargado de dijes y papeles.

Mientras manoseaba maquinalmente algunos de éstos, comenzó á

recorrer la estancia con la vista, más avezada ya á la obscuridad que le envolvía...

Y aquí caigo yo en la cuenta de que voy dando á este mozo cierto aire siniestramente misterioso, que así cuadra á su carácter como á un santo una pistola, y de que esto me obliga á poner las cosas en su punto antes que las sospechas del lector lleguen adonde no deben llegar.

Al efecto, con esa virtud maravillosa, inherente al novelista libre, voy á hacer que mi hombre piense recio; recurso precioso que ha engendrado el monólogo y el _aparte_ en el teatro, merced á lo cual se entera del más recóndito pensamiento de un personaje el espectador más sordo, sin que de él se percaten sus más inmediatos interlocutores.

Y manoseando papeles el de la bufanda, cayéronsele dos al suelo; y cediendo á esa tentación que no es propia exclusivamente de las mujeres, sino también de los hombres cuando nadie los ve, después de recogerlos sobre la alfombra, leyó en uno de ellos:

--...«Por un aderezo de oro y perlas... ca... tor... ce mil...». ¡Qué barbaridad!

Y luego en el otro:

--«...Por dos cortes de vestido... siete mil cuatrocien...». ¡Ave María Purísima!

(Esto ya lo dijo plegando las cuentas y dejándolas sobre el velador):--He aquí dos despilfarros que harían feliz á una familia pobre... ¡Desventurado Carlos! Á este paso no te bastan las minas del Potosí.

Después volvió á pasear su vista por la habitación.

--Naturalmente--pensó:--á tal templo, tales vestiduras... ¡Y si fuera esto sólo!--continuó, llevando sus meditaciones á otra parte;--¡si fuera esto sólo lo que me hormiguea en el alma! Pero anoche, aquellas horas de venir á casa, sola, peor que sola, con ese mequetrefe extraño... su intimidad con él; la indiferencia de ambos hacia el marido... la impasibilidad de éste... ¿Podrá llegar la moda á justificar tales hechos?... De todas maneras, Carlos no es tonto; yo no he tenido tiempo de hablar con él todavía... En fin, ello dirá--exclamó muy recio, levantándose y mirando su reló.--¡Canastos!--murmuró;--las diez y media ya, y nadie resuella en esta casa. Pues dígote que andarán bien servidos tus litigantes... ¡Por vida de... Carlos!... ¡Carlitos!... (Esto lo gritaba acercándose á una de las puertas inmediatas).

Entonces, bajo las colgaduras que la asombraban, apareció, envuelto en perezosa bata, un hombre de regular estatura, de rostro bello, aunque muy pálido y ojeroso, coronado por una frente ancha y bien delineada, sobre la que caían, en elegante y natural desorden, algunos mechones de cabellos negros y lustrosos.

--¡Querido Ramón!--exclamó tendiendo los brazos al que le llamaba.

--¡Acabaras de levantarte, caramba!--dijo el llamado Ramón, correspondiendo con igual expresión de cariño.

--¡Cómo qué!... Si hace dos horas que estoy en mi despacho.

--Pero durmiendo.

--Trabajando, si te parece.

--Que para el caso es igual; porque si tú no dormías, dormiría Isabel.

--Eso sí que no lo sé.

--¿Cómo que no lo sabes?

--Como que duerme ahí enfrente, y á las horas que mejor le parecen.

--¡Y viva la autonomía! como ahora se dice. Pues, hombre, sábete que por respetos á ella no entré á sacarte de entre sábanas. Figúrate que me levanté á las siete, porque la cama nueva, aunque sea de blandas plumas, siempre se extraña, además de que yo soy, por hábito, madrugador; en seguida me eché á la calle, y he recorrido la mayor parte de las de la capital, y me he extraviado en la mitad de ellas; he visto cuanto puede verse de balde en Madrid, en tres horas de incesante movimiento; me he aburrido mucho; he vuelto á casa... y aquí me tienes,--añadió Ramón, mirando con extraña curiosidad la cara de su interlocutor.

--¡Pobre _montañesuco_!--exclamó Carlos riendo;--¿conque no te divierte Madrid por la mañana?

--Ni tampoco por la noche,--respondió Ramón intencionalmente, buscando nuevos puntos de vista á la cara de Carlos.

--Ya se ve, como no se parece á nuestro pueblo...

--Por desgracia...

--Pero ¿qué diablos miras con tanto empeño?--preguntó Carlos, chocándole la curiosidad de Ramón.

--¿Quieres hacerme el favor--replicó éste muy serio,--de abrir una de esas vidrieras que dan á la calle?

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com